



Fig. n.º 47.- Vela, María (2005): *Arte del miedo*. Premio literario de la Fundación Joselito, Barcelona, Mudio.

**A** veces surgen influencias buscadas, queridas y logradas. Es una forma de rendir un homenaje o testimoniar el reconocimiento debido a quien creó un mundo del que el nuevo autor se siente deudor. Supone tanto como abandonar el prurito romántico de la originalidad para sentirse ante todo heredero e integrado en una tradición que se elige deliberadamente porque el propio gusto lo quiere así. También puede tratarse de recuperar y apostar por una veta expresiva que podía estar en trance de olvidarse y perderse. De todos modos, sea cual sea el

motivo que ha empujado a María Vela a escribir *Arte del miedo*, su lectura conmueve por sí misma, pero también por los ecos de otras voces que fermenta, renueva y acerca.

Ya de por sí, adentrarse por una senda tan expuesta a extravíos como la literatura de creación, basada en el mundo de los toros, tiene mucho de desafío. Aguardan siempre, reclamando su sitio, los peligros de una retórica pinturera y casticista, o, más modernamente, los juegos impresionistas que elaboran sus obras con simples retazos metafóricos de ambiente y color. Sin embargo, María Vela ha sorteado esos escollos, entre otras razones porque la ambición que la ha llevado a escribir de toros es muy distinta. Parte de un conocimiento antiguo del significado de la lidia y no necesita adornarse con los mitos y símbolos tan socorridos por los que se sienten iluminados sólo por el exhibicionismo exterior de la fiesta. Su mirada se dirige al núcleo descarnado y profundo que encierra el enfrentamiento entre toro y torero en su terreno natural, el de la corrida. Ni un retoque costumbrista, ni una adjetivación que reduzca la necesidad pura de confrontarse con los grandes conceptos que el juego de la tauromaquia plantea.

Por eso, el *Arte del miedo* es volumen de poemas, y, a la vez, libro de aforismos que condensa todo un tratado de metafísica de la fiesta taurina. Tiene una importante carga lírica que le sirve para hacer más comprensible y reafirmar su fuerza conceptual. Se le puede leer como un ensayo fragmentado, pero también como una larga crónica literaria que articula, en verso, los fundamentos y el acontecer de los dos últimos siglos de toreo. Se apoya, pues, en esos géneros pero también los desborda. Y con esa fuerza propia de la literatura fronteriza conecta con una veta popular que recuerda el timbre metálico de las coplas secas y hondas de Augusto Ferrán, sin dejar de ser a un tiempo una obra culta. En una palabra, ecos y resonancias del mejor Bergamín, pero resueltos con la libertad de quien no necesita mimetismos.

Alberto González Troyano